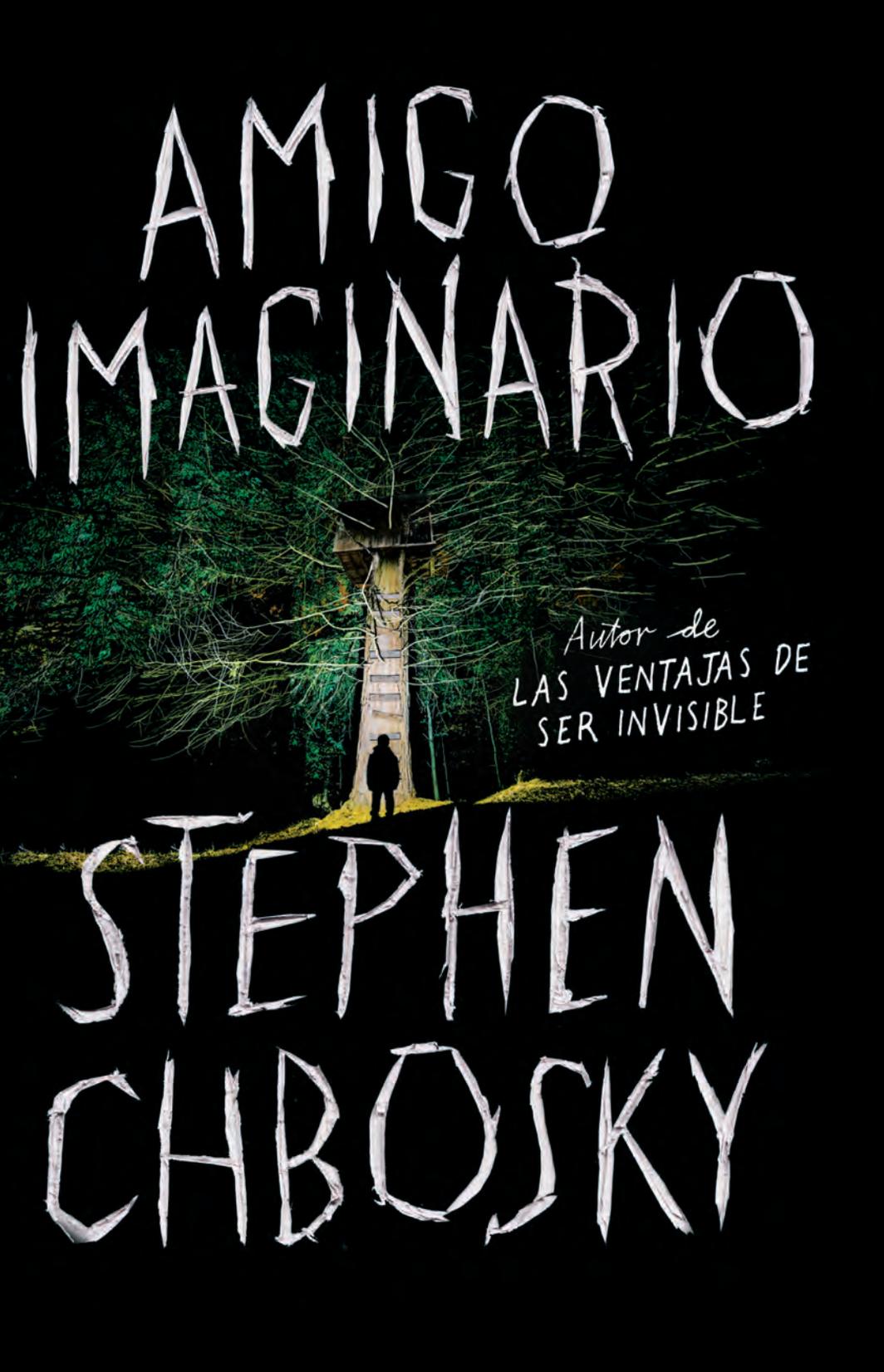


# AMIGO IMAGINARIO

A dark, atmospheric photograph of a person standing at the base of a tree. A wooden ladder is leaning against the tree trunk. The scene is lit with a greenish-blue glow, and the ground is covered in yellow flowers. The background is a dense forest.

*Autor de*  
LAS VENTAJAS DE  
SER INVISIBLE

# STEPHEN CHBOOSKY

# AMIGO IMAGINARIO



STEPHEN CHBOSKY

# AMIGO IMAGINARIO

Portada: © 2019 Hachette Book Group, Inc.  
Diseño de portada: gray318  
Fotografía del autor: © Meredith Morris

Título original: *Imaginary Friend*

© 2019, Stephen Chbosky

Derechos mundiales reservados para Stephen Chbosky

Traducido por: Graciela Romero Saldaña

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2  
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: octubre de 2019  
ISBN: 978-607-07-6167-6

Primera edición impresa en México: octubre de 2019  
ISBN: 978-607-07-6151-5

© Editorial Planeta Colombiana S. A.  
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá  
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): octubre de 2019  
ISBN 13: 978-958-42-8242-2  
ISBN 10: 958-42-8242-5

Impresión: xxxxxxxx  
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

El editor no es responsable de los sitios web (y de su contenido) que no son propiedad del editor.

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Liz  
y todas las madres del mundo*



Hace cincuenta años...



*No dejes la calle. eLLos no pueden atraparte si no dejas la calle.*

El pequeño David Olson sabía que estaba en problemas. En cuanto su madre volviera con papá, le iba a ir mal. Su única esperanza eran las almohadas bajo su cobija, que daban la impresión de que seguía acostado. Era algo que hacían en los programas de televisión. Pero en ese momento no importaba. Había salido a hurtadillas de su habitación y se había lastimado el pie al resbalarse mientras bajaba por la enredadera. Pero no fue tan grave. No como lo que se hizo su hermano mayor jugando fútbol. No era tan grave.

El pequeño David Olson cojeaba por la calle Hays, con el rocío en su cara y la niebla a los pies de la colina. Miró la luna. Estaba llena. Era la segunda noche seguida que estaba llena. Era una luna azul. Eso le había dicho su hermano mayor. Como esa canción con la que mamá y papá bailaban a veces. Antes, cuando eran felices. Antes, cuando no le tenían miedo a David.

*Blue Moon.*

*I saw you standing alone.*

El pequeño David Olson escuchó algo entre los arbustos. Por un instante, pensó que podría ser otro de esos sueños. Pero no lo era. Sabía que no lo era. Se había obligado a mantenerse despierto. Pese a los dolores de cabeza. Tenía que ir ahí esa noche.

La luz de los faros de un auto que pasaba iluminó la niebla. El pequeño David Olson se escondió detrás de un buzón mientras salía música rock and roll desde el viejo Ford Mustang. Luego, las risas de unos adolescentes. Estaban reclutando a muchos chicos para el ejército y manejar ebrios era cada vez más común. O al menos eso era lo que decía su papá.

—¿David? —susurró una voz. Sisserró. Sisseó.

¿Lo dijo alguien? ¿O simplemente lo escuchó?

—¿Quién anda ahí? —preguntó David.

Silencio.

Seguro estaba en su cabeza. No era un problema. Al menos no era la mujer siseante. Al menos no estaba soñando.

¿O sí?

David observó la esquina con el enorme farol en Monterey Drive, bajo la colina. Los adolescentes se fueron por ahí y se llevaron consigo todo sonido. Fue entonces cuando vio la sombra de una persona. En medio del charco de luz que formaba el farol había una silueta. Esperando y silbando. Silbando y esperando. Una canción que sonaba un poco como

«Blue Moon».

A David se le erizaron los pelos de la nuca.

*No te acerques a esa esquina.*

*Aléjate de esa persona.*

El pequeño David Olson tomó un atajo por los jardines.

Se acercó de puntitas a una vieja cerca. *No dejes que se acerquen. Tampoco que te vean. No estás en la calle. Es peligroso.* Arriba, a través de una ventana, vio que una niñera se besaba con su novio mientras un bebé lloraba. Pero sonaba como un gato. Aún no estaba seguro de que no estuviera soñando, pero cada vez era más difícil saberlo. Pasó por debajo de la cerca y los pantalones de su pijama se embarraron de pasto mojado. Sabía que no podría ocultárselos a su mamá. Tendría que lavarlos por su cuenta. Como si de nuevo estuviera mojando la cama. Cuando lavaba las sábanas cada mañana. No podía dejar que su madre supiera. Ella haría preguntas. Preguntas que él no podía responder.

No en voz alta.

Avanzó por la pequeña arboleda detrás de la casa de los Maruca, junto a los columpios que el señor Maruca había armado con sus hijos. Tras un día de trabajo pesado, siempre había Oreos y un vaso de leche esperando. El pequeño David Olson los ayudó un par de veces. Le encantaban las Oreos. Especialmente cuando estaban algo viejas y se ponían blandas.

—¿David?

Ahora el susurro era más alto. Miró hacia atrás. No había nadie. Echó un vistazo hacia el farol más allá de las casas. La sombra ya no estaba ahí. Aquella silueta podría estar en cualquier parte. Podría estar detrás de él. *Por favor, por favor, que no sea la mujer siseante. Por favor, que no esté dormido.*

Crac.

Una ramita se quebró justo detrás de él y el pequeño David, olvidando que tenía el pie lastimado, empezó a correr. Cortó camino por el jardín de los Pruzan, directo hacia Carmell Drive, y dobló a la izquierda. Podía escuchar perros jadeando. Acercándose. Pero no había perros. Solo eran sonidos. Como en los sueños. Como el gatito llorando. Lo perseguían, así que corrió con más fuerzas, azotando el pavimento mojado con sus pequeños botines. Plas, plas, plas, como los besos de la abuela.

Cuando al fin llegó a la esquina de Monterey Drive, dio vuelta a la derecha. Corrió por en medio de la calle, como una balsa sobre el río. *No dejes la calle. Ellos no pueden atraptarte si estás en la calle.* Podía escuchar los sonidos a cada lado. Pequeños siseos. Y perros jadeando. Y lamiendo. Y gatitos. Y esos susurros.

—¿David? Aléjate de la calle. Te van a lastimar. Ven al jardín, aquí es seguro.

Era la voz de la mujer siseante. Lo sabía. Su voz siempre era linda al principio. Como la de una maestra sustituta queriendo caer bien. Pero en cuanto la veías, dejaba de ser linda. Se volvía toda dientes y una boca siseante. Peor que la bruja mala. Peor que cualquier otra cosa. Con cuatro patas como un perro o un largo cuello de jirafa. Sssss.

—¿David? Tu mamá se lastimó los pies. Los tiene todos cortados. Ven a ayudarme.

Ahora la mujer siseante estaba usando la voz de su mamá. No era justo. Pero eso hacía. Incluso podía verse como ella. La primera vez funcionó. Se acercó a ella en el jardín y ahí lo atrapó. Después de eso, no durmió en dos días. Después de que se lo llevó a la casa que tenía ese sótano. Y ese horno.

—Ayuda a tu madre, pedazo de mierda.

Esta vez era la voz de su abuela. Pero no era su abuela. David podía sentir los dientes blancos de la mujer siseante. *No los mires. Mantén la vista al frente. Sigue corriendo. Llega al callejón. Puedes hacerla desaparecer para siempre. Llega hasta el último farol.*

—Sssssssss.

David Olson miró hacia el último farol en el callejón. Y luego se detuvo.

La sombra había vuelto.

La silueta estaba en medio del chorro de luz del farol. Esperando y silbando. Silbando y esperando. Sueño o no, esto era malo. Pero David ya no podía detenerse. De él dependía todo. Si quería llegar al punto de reunión tendría que pasar junto a la persona del farol.

—Sssssssss.

La mujer siseante estaba aún más cerca. Detrás de él. De pronto, David Olson tuvo frío y sintió su pijama húmeda, pese al abrigo. Lo único que podía hacer era seguir caminando. Ser valiente como su hermano mayor. Ser valiente como los chicos que estaban reclutando. Ser valiente y seguir caminando. Un pasito. Dos pasitos.

—¿Hola? —dijo el pequeño David Olson.

La silueta no dijo nada. La silueta no se movió. Solo inhaló y exhaló, y su respiración formaba

Nubes.

—¿Hola? ¿Quién eres? —preguntó David.

Silencio. El mundo contuvo la respiración. El pequeño David Olson metió el dedo gordo del pie en el charco de luz. La silueta se movió.

—Lo siento, pero necesito pasar. ¿Está bien?

De nuevo, silencio. David metió el pie un poco más en la luz. La silueta comenzó a darse la vuelta. David consideró volver a casa, pero tenía que terminar. Era la única forma de detenerla. Metió el pie completo a la luz. La silueta se movió de nuevo, como una estatua despertando. Luego metió toda la pierna. Otro movimiento. Finalmente, David no pudo más y entró a la luz. La figura corrió

hacia él. Gimiendo y con los brazos estirados. David cruzó el círculo. La figura seguía detrás de él. Lamiendo. Gritando. Sintió cómo sus largas uñas lo alcanzaban, y justo cuando estaba por tomarlo del cabello, él se deslizó por el pavimento como en el beisbol. Se raspó la rodilla, pero eso no importaba. Estaba fuera de la luz. La silueta dejó de moverse. David estaba al otro lado de la calle. La calle cerrada con la cabaña de madera y la pareja de recién casados.

El pequeño David Olson desvió la vista del camino. Era una noche silenciosa. Apenas algunos grillos. Un poco de niebla que iluminaba el camino hacia los árboles. Se sentía aterrado, pero no podía detenerse. Todo estaba en sus manos. Tenía que terminarlo o la mujer siseante saldría y su hermano mayor sería el primero en morir.

El pequeño David Olson abandonó la calle y avanzó.

Cruzó la cerca.

Hacia el campo.

Hasta adentrarse en el bosque de la calle Mission.



Parte I

---

Hoy



*¿Estoy soñando?*

Eso fue lo que pensó el niño cuando la vieja vagoneta Ford pasó por un tope y lo despertó de golpe. Tenía esa sensación de cuando estás muy cómodo en la cama, pero de pronto necesitas ir al baño. Entrecerró los ojos debido al sol y miró hacia la autopista de peaje de Ohio. El calor de agosto hacía que de ella emanaran vapores que se movían como las olas de la alberca a la que su mamá pudo llevarlo gracias a que estuvo saltándose el almuerzo por un tiempo.

—Perdí más de un kilo —le había dicho ella con un guiño. Ese fue uno de los días buenos.

Frotó sus ojos cansados y se incorporó en el asiento del copiloto. Le encantaba ir adelante cuando su mamá conducía. Sentía como si fuera parte de un club. Uno muy especial formado por él y esa mujer delgada y *cool*. La miró, enmarcada por el sol de la mañana. Su piel estaba pegada al asiento de vinil por el calor y, como traía una blusa *halter*, sus hombros estaban enrojecidos. De sus jeans cortados en shorts sobresalían sus piernas pálidas. Así, con el cigarro en la mano, se veía glamorosa. Como las estrellas de las películas antiguas que veían en sus viernes de películas. A él le encantaba que las colillas de los cigarros tuvieran labial rojo. Los maestros en Denver decían que los cigarros hacen daño. Cuando se lo dijo a su mamá, ella respondió en broma que los maestros hacen daño y siguió fumando.

—En realidad, los maestros son importantes, así que olvida que dije eso —se corrigió.

—De acuerdo —dijo él.

Observó cómo apagaba su cigarro y encendía otro de inmediato. Solo hacía eso cuando estaba preocupada. Y cada vez que se mudaban, se preocupaba. Quizá esta vez sería diferente. Desde que su papá murió, eso era lo que ella siempre decía. Esta vez será diferente. Pero nunca lo era.

Además, en esta ocasión estaban huyendo.

Le dio una calada a su cigarro y el humo pasó ondeando junto a las gotitas de sudor que el calor de agosto provoca en su labio superior. Mantuvo la mirada fija sobre el volante, perdida en sus pensamientos. Le tomó un rato darse cuenta de que su hijo estaba despierto, y luego sonrió.

—Qué mañana más hermosa, ¿no? —susurró.

Al niño no le interesaban las mañanas en lo más mínimo, pero a su mamá sí, por lo que a él también.

—Sí, mamá. En verdad que sí.

Ya siempre le decía mamá. Ella le pidió que dejara de decirle mami tres años atrás. Dijo que eso lo empequeñecía, y que jamás querría que su hijo fuera pequeño. A veces le pedía que le mostrara sus músculos, así que él apretaba con fuerza sus bracitos flacuchos para que sus bíceps no se vieran tan planos. Fuerte como su padre en aquella fotografía de Navidad. La única fotografía que tenía de él.

—¿Tienes hambre, amigo? —preguntó ella.

El niño asintió.

—Hay un descanso más adelante en la autopista, a la altura del límite estatal. Estoy segura de que ahí habrá un merendero.

—¿Tendrán hot cakes con chispas de chocolate?

El chico recordaba los hot cakes con chispas de chocolate de Portland. Habían pasado dos años de eso. Había un merendero bajo su departamento en la ciudad y el cocinero siempre les daba hot cakes con chispas de chocolate. Desde entonces habían estado en Denver y en Michigan, pero él nunca se olvidó de ese manjar ni del buen hombre que los preparaba. No sabía que otros hombres que no fueran su papá podían ser buenos hasta que conoció a ese.

—Si no tienen, compramos unos M&M's y se los ponemos a los hot cakes, ¿está bien?

Ahora el niño estaba preocupado. Nunca la había escuchado decir eso. Ni siquiera cuando se mudaban. Siempre se sentía culpable cuando se mudaban. Pero aun en los días en que se sentía más culpable, le decía que el chocolate no era desayuno. Le decía eso incluso cuando ella desayunaba sus licuados de chocolate de SlimFast. Y no, esos no cuentan como chocolate. Él ya se lo había preguntado.

—Está bien —dijo él, y sonrió con la esperanza de que no fuera cosa de una sola vez.

Miró hacia la autopista. Una ambulancia y una vagoneta hacían que el paso fuera más lento. Unos paramédicos vendaban con gasas la cabeza ensangrentada de un hombre. Al parecer se había cortado la frente y quizá se le hubieran caído algunos dientes. Cuando avanzaron un poco más, pudieron ver al ciervo sobre el cofre de la vagoneta. Su cornamenta seguía enterrada en el parabrisas. El animal tenía los ojos abiertos, se retorció y se sacudía como si no supiera que estaba muriendo.

—No lo veas —ordenó su mamá.

—Perdón —respondió él, desviando la mirada.

No quería que su hijo viera cosas malas. Ya había visto demasiadas en su vida. Especialmente desde que murió su papá. Así que el niño la miró a ella y observó su cabello bajo el fular. Ella le decía bandana, pero a él le gustaba pensar que era un fular, como los que usaban en las películas antiguas que veían los viernes. Observó el cabello de su madre y luego el suyo, café como el de su papá en la única foto que tenía, la de Navidad. No recordaba mucho de su padre. Ni siquiera su voz. Solo el olor a tabaco en su camisa y el olor de su crema para afeitar Noxzema. Eso era todo. Tampoco sabía mucho sobre su padre, únicamente que debió ser un gran hombre, porque así eran todos los padres. Grandes hombres.

—¿Mamá? —preguntó el niño—. ¿Estás bien?

Ella le ofreció su mejor sonrisa, pero en su rostro había miedo. Igual que ocho horas atrás cuando lo despertó en plena noche y le dijo que empacara sus cosas.

—Rápido —susurró.

El niño hizo lo que se le ordenó. Echó todo lo que tenía en su saco de dormir. Cuando bajó de puntitas a la sala, vio que Jerry dormía en el sofá. Se tallaba los ojos con los dedos, esos dedos tatuados. Por un momento, casi despertó, pero no lo hizo. Y mientras Jerry dormía, ellos se fueron al auto. En la guantera guardaron el dinero del que Jerry no sabía. Se había quedado con todo lo demás. Se fueron en el silencio de la noche. Durante la primera hora, su madre puso más atención al espejo retrovisor que hacia el camino.

—¿Mamá? ¿Nos encontrará? —preguntó el pequeño.

—No —respondió ella y encendió otro cigarro.

El niño miró a su madre. Y, bajo la luz de la mañana, al fin vio que lo rojo en su mejilla no era maquillaje. El sentimiento lo abrumó. «No puedes fallar», se dijo a sí mismo.

Esa era su promesa. Miró a su madre y pensó: *Yo te voy a proteger*. No como cuando era muy pequeño y no podía hacer nada. Ahora era más grande. Y sus brazos no siempre serían planos y flacuchos. Haría lagartijas. Crecería por ella. La protegería. Por su papá.

*No puedes fallar.*

*Debes proteger a tu madre.*

*Eres el hombre de la casa.*

Miró por la ventana y vio un viejo espectacular con forma trapezoidal. En el desgastado letrero se leía EN PENNSILVANIA ENCONTRARÁS A UN AMIGO. Y quizá su madre tenía razón. Quizás esta vez sería diferente. Era su tercer estado en dos años. Quizás esta vez sí saldría bien. En cualquier caso, él sabía que no podía decepcionarla.

Christopher tenía siete años y medio.